

ALBERTO NAVARRO GARCÍA

MEMORIAS DE CASAS DE MOYA DE LOS AÑOS DE LA «GANA»



Es 2 de junio de 2024. En una plácida tarde, quedamos en un banco a la sombra de la plaza de San Antonio Abad de Casas de Moya. Me espera, con garrote en la mano, Alberto, nacido en la aldea en 1943, por tanto, octogenario ya. Al lado su familiar Enrique Guaita.

Alberto Navarro García, que ese es su nombre completo, es casamoyero por todos los costados. Su ascendencia genealógica en Casas de Moya asciende hasta sus retatarabuelos en el siglo XVIII, cuando la aldea la habitaban cuatro familias. Es hijo de Donato Navarro y Benita García Borja, de la aldea, como sus padres y abuelos.

Alberto nos cuenta su vida en Casas de Moya hasta los 17 años, cuando emigró en 1960 a Mislata (Valencia). Ese mismo camino tomaron muchos casamoyeros. La infancia y juventud de Alberto transcurrieron cuando Casas de Moya era una populosa aldea de 463 habitantes. Después, la lacra de la emigración afectó a la aldea como a todo el término venturreño.

Nos habla de su periodo en la **escuela** de Casas de Moya en clase de doña Pilar y otro maestro que no recuerda. Había dos clases separadas por sexos en el llamado «**Seminario**». Recuerda también al maestro José Remacha, que impartía clases por la noche a la gente mayor. Doña Pilar y don José Remacha se hospedaban en el actual bar de Casas de Moya, lo que eran las casas de los maestros.

En verano, al seminario venían unos treinta jóvenes con una especie de monjas laicas que les hacían la comida. Permanecían en la aldea como un mes, lo que era todo un

acontecimiento. Alberto recuerda que estas jornadas que llamaban «**misiones**» se realizaban en los años 50 y regresaban todos los veranos. Al Seminario también venían Dionisio de las Casas de Pradas y otra persona de Los Duques a proyectar películas de cine. Ahora el Seminario permanece cerrado y en amenaza de ruina.

Le preguntamos a Alberto si recuerda si en esa dura época de los años 40 y 50 en Casas de Moya se pasaba **hambre**. Y nos dice: «Se pasaba gana, pero hambre no». Es decir, se comía, pero practicando economía de supervivencia. Él mismo abandonó la escuela hacia los once años para ganarse el jornal como fuera.

Su padre era pocero: trabajaba haciendo pozos, sobre todo en Venta del Moro. Junto con Justo y el Gato construyeron muchos y acuñaron el eslogan: «Donato, Justo y el Gato, sondeos petrolíferos aguas potables de Venta del Moro». Él ayudó en ocasiones a su padre a hacer estos pozos a fuerza de pico y pala. Los pozos se construían en la misma casa o en el corral. Le pregunto quién era el zahorí que marcaba el agua y contesta: «Entonces no marcaban el agua ni chorras. Había mucha agua por todas partes»; como una observación campechana de los efectos del cambio climático. En concreto, rememora el pozo hecho a un médico en Venta del Moro a orillas de la rambla donde salió mucha agua. También en Casas de Moya hizo pozos.

Además, su padre tenía una poca agricultura; «cuatro olivas y media docena de almendros» y algunas cepas que, con su edad, continúa llevando junto con algún albaricoquero y cerezo.

De niño ganaba el jornal como podía y en cualquier finca. Quitando hierba de las cepas, sembrando, echando abono en las fincas de Casilla de Moya; en la Herrá de don Fidel; en El Chipirito; en El Roto rayolando las tierras de Dionisio Haya donde sus padres segaban; en La Casa Nueva y la Tabla de las Monjas con Julio Pérez y Raúl Latorre o en Los Marcos en la finca del alcalde pedáneo de la época. A estas fincas acudía andando por trochas y sendas, pues su padre no quiso que llevara bicicleta hasta los dieciséis años. Entonces, ya por la carretera blanca, acudía a trabajar a la finca de la Casilla de Moya. Se acuerda de estar sembrando quince días en El Chipirito con el tío Juan el Mallorquín y la tía Margarita y que, cuando era hora de comer, les llamaban con el caracol. Era tan chico que nos narra cómo entre su padre y Emilio el Guindo le llevaban el surco de la siega y así se cobraba un jornal más. Como anécdota, rememora cómo el tío Dionisio Haya les regaló un gorrino murciano porque su padre le encontró una cartera que había perdido tras haberla buscado Alberto infructuosamente entre las cepas durante horas.

En estos años de penuria colectiva, el **monte** fue una buena fuente de ingresos para la supervivencia y, en concreto, la **fornilla**, combustible vegetal que se extraía en la comarca para los hornos de cerámica de Manises. En el monte ha trabajado por toda la Derrubiada. De Casas de Moya nos dice que iban a la fornilla como ocho

o diez vecinos: Victorio, Pepito, Julio Moya... Recuerda que los que organizaban la extracción eran los hermanos Murcia de Venta del Moro: Paco (que tuvo su propio camión), Ricardo el Tiaco y Enrique el Rana («muy buenas personas», nos dice). Paco Murcia cantaba muy bien en la faena, atestigua. ¿De qué hacían la fornilla? «Nos llevábamos todo cara delante de monte bajo: romeros, aliagas, lantiscos, matujos...». Hacían gavillas en el monte y se sacaban con el macho al «cargadero» donde se cargaban al camión que iba directo a los hornos de Manises. Era por 1961-1962. ¿Cómo se pagaba? «Muy poco». Sólo excepcionalmente se dormía en el monte, aunque una vez lo hicieron en el Corral Nuevo cerca de La Chabola. También se dedicó a coger el esparto que compraban en la Casilla de Moya, pero tampoco se pagaba y si te pillaba la Guardia Civil podías pasarlo mal.

Otro recurso importante en esos años en Casas de Moya fue la **caza** y nuestro entrevistado fue cazador. Entonces no había jabalíes, ni ciervos. Los jabalíes vinieron por 1957: «Yo he esperado mucho a los jabalíes». Lo que más se cazaba era el conejo. Con sus tíos iba a la Derrubiada y ponían perchas para las perdices: «pillábamos muchas». El lazo era mayor que la percha y era para el conejo y liebres, pero él no iba al conejo. Venían zorreros especializados y les pagaban por cola cortada.

Los **huertos** que los casamoyeros tenían en la rambla Bullana a orillas de Casas de Pradas fue un complemento alimenticio importante. La huerta se visitaba todos los días. Tenían nogueras y un cerezo. Eran años de mucha agua y rememora la fuente del Rebadán, el tolo Nares, la fuente del Gorrino, el tolo de la Corvetera, el Pozo Periquín o la fuente Santa Ana «que cuando llueve mana».

Eran años en que ya no se hacían carboneras, ni caleras; aunque las casi efímeras infraestructuras de estos aprovechamientos aún se pueden ver por todo el término. Y recuerda el ganado de Casilla de Moya, que era todo de **toros bravos y vacas** a los que les daba de comer con el macho y carro sin que tuviera incidentes, pues en el campo no suelen atacar. En la propia finca se tentaban las vaquillas. Entonces había viña en la Casilla de Moya, además de siembra.

«A nosotros no nos faltaba pan», nos dice. Cada vecino se hacía su harina para el año: «pero se cogía muy poco, ni dos sacos, y teníamos que ir a la quinta Virgen». Cada uno tenía su gorrino en el corral y su huerta siempre con agua.

Con don **Fidel Guaita**, el cura casi perpetuo de Casas de Moya, ejerció de medio monaguillo alguna vez. Sobre todo recuerda cuando fueron a **Los Cárceles** a las fiestas de San Juan a oficiar misa al raso en una especie de barraca que servía como capillita. Bajaron al río con el seiscientos de don Fidel. Ahí tenía el bar Santiaguete.

Y nos habla de las **fiestas y tradiciones** de la aldea hasta que se fue a Mislata. De las hogueras de San Antón, las de San Julián el Cestero y en la Candelaria. Estas dos últimas se hacían por casas. Todos los años cantaban los mayos el tío José María y la tía Felisa y bailaban las jotas

Juanillo y la Nicolasa. Los bailes de acordeón eran para las fiestas de enero de San Antón y las de agosto. Entre otros, tocaba El Rufo y Amelia Almonacid de Campillo de Paravientos que también iban a Los Cárceles a hacer música. Alberto se acuerda de acudir a la Venta caminado rápido al baile de Pedrón y a ver torear a Adelo Medina. No era habitual soltar el gorrinillo de san Antón por la

Él mismo abandonó la escuela hacia los once años para ganarse el jornal como fuera.

aldea para que fuera alimentado por los vecinos, pero un año sí se hizo. Por Casas de Moya hacían parada las gentes de los caminos como los de la cabra y la tabla o uno que enseñaba un orangután que causó sensación en la aldea. Otro trajinante hizo bailar una peseta dentro de un vaso. Entretenimientos de la época.

Otras tradiciones eran las de **Semana Santa y Pascua**. Se confeccionaban judas y judesa que se colgaban donde está ahora el reloj del campanario, pues antes solo había una chapa sin números. Muchas veces bajaban los judas y los paseaban por las calles dándoles palos. Se confeccionaban enramadas con arcos de buje (boj) y sabina y un año Constancio colgó naranjas. Se hacían varias enramadas y tres arcos. Se realizaba la procesión del Encuentro del niño y la Virgen y se echaban palomas. En las Pascuas se iban a la Casa Nueva con los carros y se juntaba mucha gente del término: de Venta del Moro, Casas de Pradas, Jaraguas... Posteriormente se cambió y se fue un año o dos a la Casilla de Moya y, después, se volvió a cambiar a la Casa Garrido. Se acuerda de hacer un Encuentro con santos desde Casas de Moya hasta la Casa Segura, pero no el motivo (¿un trueque de santos por la sequía? Nos preguntamos).

Los 40 e inicios de los 50 del siglo pasado fueron época del estraperlo y de los **maquis** o guerrilleros antifranquistas. De hecho, había un puesto de la Guardia Civil en la propia aldea. Nos narra una anécdota (no sabemos si apócrifa) con el célebre guerrillero Manco de la Pesquera. Estaba el Manco sentado en la barbería de Casas de Moya cuando le preguntó al barbero: «¿Qué haría usted si estuviera sentado aquí el Manco de la Pesquera? El barbero hizo el gesto de segarle el cuello. Pues aquí lo tienes, dijo el Manco, que no estaba manco ni mucho menos. Lo mataron en Paterna».

También recuerda a los riacheros que subían a la aldea a vender tomates y después marchaban hacia la Venta, Jaraguas, etc.

La aldea contaba con varios establecimientos. Llegaron a haber tres **hornos** a la vez y se acuerda del de la Francisqueta, el de la tía Dionisia, el de la tía Carmen, el de Providencio. Al final solo quedó el del padre de Luis el Cubil. Y **tiendas** como la más antigua de la tía Filomena, después la de la María, la tienda-estanco de Milagros, la de Antonio el Vinatero. Había una herrería de Roberto y Teodora cerca del actual centro médico. Los carros se

arreglaban en Venta del Moro y se iba por el atajo de la Cuesta Blanca a Casas del Rey.

Eran tiempos de más cereal que viña y de melocotones y ciruelas. Hasta la erección de la bodega cooperativa en los 60 había algunos trullos como el del tío Agapito, el tío Chimé, el tío Valentín o el tío Isidoro. La uva la compraban Antonio el Estanquero y don Fidel el cura

Alberto tuvo que emigrar como tanta otra gente de la comarca de Requena-Utiel. En 1960 se marchó a Mislata a trabajar en Novopan, una carpintería que confeccionaba puertas de paja de centeno con cola. Después fue a La Torre de Valencia a trabajar en un taller de pastillas de frenos para coches y camiones.

Se casó en 1968, el día del sorteo de Navidad (22 de diciembre) recuerda, con Juana Mellado Palomares de Villarta, que ya conoció en Valencia; aunque se casaron, como es tradición, en la población de la mujer. Ha vivido en Mislata donde aún reside con sus hijos José Ángel, Alberto y Juana. Pero ya felizmente jubilado regresa muchas veces a la aldea, a su casa de la calle del Pozo, a pasar largas temporadas y cuidar de la poca agricultura que tiene: «si no hago ná, todo está medio perdido». Ya lo ha de hacer solo, pues su mujer falleció hace pocos años. Gracias Alberto por su memoria y recuerdos.

Entra en ruting.es y sal de ruta



Todas tus aventuras en Venta del Moro, Hoces del Gabriel

RUTING.ES
Empresa de turismo activo licencia nº TA-3V



Fin de semana todo incluido. Programas despedidas de solter@s. Actividades para empresas.
Alquiler casas rurales. Rafting / Barranquismo / Paintball / Kayak / Quads / Multiactividad

info@ruting.es | www.ruting.es | 620 264 263 | cv-m608v



C/ San Juan, 17 46310 Venta del Moro (Valencia)

15:15



TRANSANCAR LOGÍSTICA S.L.
NIF. B40616583
C/ Fidel Garcia Berlanga N 27
46310 Venta del Moro VALENCIA
Telf. 637429465

